

GRUPOS DE INTERESES EN ITALIA

(PERCEPCIONES DE GRUPO Y CONSECUENCIAS
EN EL COMPORTAMIENTO) (*)

INTRODUCCIÓN

Que una conducta individual está condicionada en parte por su «frame of reference» (ámbito de referéncia) o por la manera en que el individuo «define» o «estructura» la situación, es un presupuesto habitual en la literatura de las ciencias sociales. Para decirlo de modo distinto, podemos afirmar que lo que el individuo hace es necesariamente —y en cierta medida— una función de la manera como él percibe y valora el medio en que su conducta se realiza. En el sentido empleado por March y Simon, «frame of reference» se aplica a intervalos de tiempo relativamente largos durante los cuales una gran parte de la memoria del individuo y un gran número de sucesos ambientales son estímulos que influyen en el comportamiento (1). El agente individual que responde a tales estímulos aparece como un organismo que elige, resuelve problemas y toma decisiones. Como un complejo mecanismo que fotografa noticias, puede y debe responder de distintas maneras a los estímulos ambientales a los que está expuesto (2).

Sin duda la observación del medio no es el único factor que pueda decirse que influye el comportamiento. Algunos psiquiatras, por ejemplo, entienden que gran parte del comportamiento humano es una resultante de fuerzas que permanecen bajo el umbral de la consciencia. Otros destacan el impacto

(*) Este artículo es el capítulo final del libro *Interest Groups in Italian Politics*, que será publicado próximamente por la Princeton University Press. La REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS agradece al autor y a la editorial su gentileza al permitir su publicación anticipada.

(1) JAMES G. MARCH y HERBERT A. SIMON: *Organizations* (New York, 1959), pág. 11.

(2) Otras obras de MARCH y SIMON sobre este tema pueden consultarse: «An Introduction to the Theory of Measurement of Influence», en *American Political Science Review*, vol. 49 (junio 1955), págs. 431-451; SIMON: *Administrative Behavior* (New York, 1947); SIMON: «Related Choice and the Structure of the Environment», *Psychological Review* (1956), págs. 129-138.

de las estructuras formales de las organizaciones. El mismo Simon argumenta que la estructura de la organización burocrática delimita en grado considerable las alternativas en el comportamiento dables al burócrata (3). No obstante, no puede ignorarse fácilmente la variable del medio. De aquí que «el medio social y organizativo en el que se encuentra quien ha de decidir, determina qué consecuencias prevé y cuáles no prevé; qué alternativas considera y cuáles ignora» (4).

Esta vía de razonamiento continúa hasta especificar que las elecciones de comportamiento son funciones de un limitado y simplificado «modelo» de la situación real, cuyos elementos nunca han de ser supuestos como «datos» sino que son ellos mismos el resultado de procesos psicológicos y sociológicos, incluídas las propias actividades de quien elige y las actividades de otros en el medio (5). De este modo, la situación es definida subjetivamente. Para cada agente, la definición incluye algún conocimiento referente a sus propias valoraciones y fines, igual que los presupuestos centrales relativos a acontecimientos futuros, las elecciones alternativas de acción posible y las supuestas consecuencias de cada acción alternativa.

En anteriores capítulo, he descrito la contextura política y social en la que la actividad del grupo de intereses tiene lugar. Aunque éstas son observaciones que pueden propiamente ser consideradas como personales —y en consecuencia expuestas a mi propia deformación subjetiva— es importante comprender que materializan en parte las respuestas dadas por aquellos que han sido interrogados en esta investigación. Cuando describo a Italia como mal integrada, altamente fragmentada y desgarrada por radicales conflictos ideológicos, necesariamente reflejo la suma total de mis propias observaciones de esta realidad política. En la creencia de que esta observación es razonablemente correcta, los puntos que deseo señalar en este capítulo pueden ser sostenidos solamente si tenemos alguna noción de cómo los italianos que representan a la Confindustria y a la Acción Católica perciben ese mismo marco.

LA OBSERVACIÓN DE LA REALIDAD: LA CONFINDUSTRIA

Los dirigentes de la Confindustria ven el ambiente en el que se mueven como extremadamente hostil a los intereses de los hombres de negocios e industriales. Frecuentemente se lamentan de que la nación no llega a apreciar

(3) Véase SIMON: *Administrative Behavior*, op. cit., cap. 10. Cf. ROBERT MERTON, cuyo «Bureaucratic Structure and Personality» en *Social Forces*, vol. 18 (1940), páginas 560-568, es una pieza clásica en este tipo de literatura.

(4) MARCH y SIMON: *Organizations*, op. cit., pág. 139.

(5) *Ibid.*

el papel vitalmente importante que desempeña el empresario. Sin él, y aquí empiezan sus argumentos, Italia se enfrentaría con el desastre; la economía vacilaría y derivaría en la dirección de un estatismo menos dinámico y menos eficiente.

Al empresario lo pintan como el hombre socialmente más completo en quien las más delicadas virtudes humanas están encarnadas y desarrolladas. *L'Organizzazione Industriale*, un órgano oficial de la Confederación, lo decía así hace pocos años:

«El industrial es, hablando socialmente, el más completo y representativo de los hombres. Es el exponente del trabajo —del trabajo creador— que es la más noble de las actividades humanas. En su propio establecimiento, él mismo trabaja incansablemente más que cualquier otro... El ve su establecimiento en la manera en que el artista contempla su mejor obra. Más que el hombre puramente económico (como el financiero) tiene una visión de los problemas más humana porque está en contacto directo con el trabajo. Es más humano, más de acuerdo con la realidad y más sincero que el hombre puramente político» (6).

Más recientemente, con ocasión de su elevación a la presidencia de la Confindustria, el señor Cicogna afirmó que incluso aquellos industriales italianos atraídos en un principio por el afán de ganancias, se transforman gradualmente en entusiastas de sus creaciones, en tal medida, en efecto, como para estar dispuestos a arrostrar indecibles sacrificios en interés de su perfección.

Esta imagen de los industriales de Italia no es, por supuesto, la dominante en la nación y los dirigentes de la Confindustria lo comprenden y lo lamentan. Porque, acertadamente, ellos ven que los italianos tienen una imagen no tan brillante del hombre de negocios, se ven a sí mismos como los custodios de la fe y de la fortaleza del empresario, y ven como una de sus misiones decisivas la necesidad de modificar la imagen pública en una dirección más apropiada.

De este modo, las páginas de la mayor parte de las publicaciones de la Confindustria están repletas de artículos describiendo al empresario en los más favorables términos. A falta de un esfuerzo en las relaciones públicas masivas (tema al que volveremos más adelante) un formidable esfuerzo se ha hecho desde la guerra para convencer a los italianos, y tal vez a los mismos industriales, de que el empresario no es simplemente un explotador, que merece mejor consideración por parte de sus compatriotas y que, en verdad, la nación no podría marchar sin él.

(6) 19 de mayo de 1949, pág. 3.

Los dirigentes de la Confindustria confiesan que no han estado muy afortunados en su campaña. Una razón, alegan, es que la sociedad italiana se ha desviado alejándose más y más de los postulados centrales del liberalismo económico. Estos postulados a lo que la Confindustria se adhiere aún firmemente, son la empresa libre y privada; mínima intervención del Estado en la esfera económica; decisiones políticas basadas en la «ley de hierro» de la economía y no en consideraciones sociales o políticas (esto es, demagógicas); y el reconocimiento de que los industriales, no los políticos, son los mejores jueces para todas las decisiones que afecten a la economía.

La Confindustria está claramente ligada nostálgicamente a esos dogmas del clásico liberalismo dieciochesco.

Es curioso que las referencias a estos principios que son muy frecuentes, sean generalmente simples y rudimentarias; se manifiesta un cierto esfuerzo por poner esas ideas a la altura del siglo XX de una manera actual y modificada. Hay pocas pruebas, por ejemplo, de que los dirigentes de la Confindustria se den cuenta de que después de lord Keynes ha habido un cierto esfuerzo para replantear la teoría económica clásica. Evidentemente, a la Confindustria le satisface aplaudir cualquier acción gubernamental que parezca representar «una vuelta gradual y razonable a los principios de libertad económica» y declarar «cuán nefasta ha sido siempre la intervención estatal en el equilibrio natural que de otra manera habría existido entre las tres fuerzas necesarias y suficientes del capital, empresario y mano de obra». Contemplando la sociedad italiana de la postguerra un vicepresidente de la Confindustria se vió obligado a señalar:

«Pero, ay, qué distintas son las realidades de hoy de aquel cuadro armonioso que ahora representa para nosotros, los industriales, casi un lejano sueño al que volvemos nuestra encandilada mirada» (7).

Los postulados de la economía clásica están siendo objeto de ataque desde varios sectores de la sociedad italiana. Una fuente de ataque es el Gobierno, durante más de una década dominio de la Democracia Cristiana. Para la Confindustria esto significa que la tradicional hostilidad de algunos sectores del Catolicismo hacia el Capitalismo puede ahora expresarse de varios modos, que van desde políticas legislativas a reglamentaciones administrativas. Como ya hemos visto, esta observación de las implicaciones de la hegemonía demócrata-cristiana generalmente tiene mucho sentido.

La Confindustria está también enfrentada con una sociedad en la que las ideas de lucha de clases y la conducta basada en tales ideas, son claramente:

(7) Véanse *ibíd.*, 31 de julio de 1948, pág. 1; Confederazione Generale Italiana dell'Industria (CGI), *Annuario 1948* (Roma, 1949), pág. 408.

dominantes. Uno de los dirigentes de la Confederación habló con extensión considerable sobre este tema. A diferencia de los EE. UU., señaló, Italia es una sociedad en guerra de clases. El marxismo se desarrolló en Italia en un período de extendido analfabetismo; de este modo ha sido traducido en las más brutales y simplistas generalizaciones con respecto a las relaciones entre patronos y empleados. La hostilidad de las masas hacia los patronos es alentada no sólo por las organizaciones socialistas y comunistas, de las que se espera tal comportamiento, sino también por un número de grupos católicos, tales como los sindicatos, y por el ala izquierda del partido demócrata cristiano (8).

La Confederación gasta muchas energías intentando bien refutar o al menos moderar las ideas de lucha de clases. Por ejemplo, regularmente se señala que los factores de producción son tres: incluyendo al empresario, y no simplemente dos (capital y trabajo). Y, puesto que el principal de los tres factores es el empresario, el bienestar y desarrollo de la clase trabajadora está necesariamente ligada a él y depende de él este bienestar.

La actividad privada empresarial se dice que es una «necesidad permanente» de la producción y de la civilización, que no puede ser reemplazada por ningún tipo de revolución bolchevique. Siguiendo esta línea de ataque, la Confindustria sostiene que es la clase trabajadora y no el empresario, quien es conservadora. Por esto es peligroso para las necesidades del desarrollo y del necesario riesgo económico en los negocios, acceder a las demandas demagógicas de que se conceda a los trabajadores participación en la dirección de las industrias. Al buscar nuevos procesos económicos y oportunidades, es el empresario, el industrial, el que es el revolucionario (9).

Otra respuesta de la Confindustria a las ideas de lucha de clases —que se dice han calado en la sociedad italiana— es argumentar que existe una identidad de intereses entre el obrero y su patrono. De aquí que durante los primeros años de la postguerra, cuando los industriales italianos sufrían los amargos y eficaces ataques de los Sindicatos dominados por los comunistas, el entonces presidente confederal, Angelo Costa, pudo decir: «Nosotros estamos tan seguros de la coincidencia de nuestros intereses con los de los trabajadores que estamos dispuestos a aceptar para todos los problemas soluciones que respondan al verdadero interés de los trabajadores» (10).

A través de los años, sin embargo, la Confindustria ha notado lo difícil

(8) *Interview*, núm. 36, Roma, 22 de mayo de 1958, pág. 7.

(9) Véase *L'Organizzazione Industriale*, 28 de abril de 1948, pág. 1. Para una nueva exposición de este punto de vista, véanse las palabras del último presidente de Confindustria, A. DE MICHELI, en *Il Mondo Economico*, 18 de febrero de 1961, página 31.

(10) *CGII: Annuario 1948* (Roma, 1949), pág. 276.

que es para los trabajadores aceptar estos puntos de vista, no solamente por la idiosincrasia de las masas sino, sobre todo, porque los trabajadores en Italia son manejados fuertemente por los Sindicatos y los partidos políticos.

Estos últimos, a menudo aprovechando la desgraciada situación en que la clase trabajadora se encuentra, envenenan la opinión pública y a los trabajadores; demagógicamente crean un clima de opinión hacia los industriales que inhumanamente está «basado en el falso y dañino supuesto de la lucha de clases». De este modo, los mismos dirigentes sindicales, que en privado reconocen la validez de los argumentos de los industriales, sostienen en público una actitud hostil, agravan los sentimientos de lucha de clases e instigan a los obreros contra un «hipotético enemigo». La misma conducta irresponsable se dice que es característica de los dirigentes de los partidos políticos incluso de aquellos partidos no revolucionarios, con el resultado de que las constantes llamadas de la Confederación a la colaboración entre las clases dan oídos sordos y no logran respuestas favorables. Bajo estas circunstancias, se presenta la conclusión: la acción de la Confederación debe estar basada en la presunción básica de que el sistema social es fuertemente hostil a la clase patronal.

Después de estas observaciones sobre la naturaleza de la sociedad italiana, los dirigentes de la Confindustria ponen de relieve unas ideas muy específicas con respecto al sistema político, la naturaleza de la estructura del poder en Italia, el carácter de la burocracia, de otros grupos organizados, etc. Todas estas observaciones tienden a influir en el tipo de conducta de la organización del que trataremos a continuación.

Como hemos visto, la Confindustria mira los partidos políticos como esencialmente demagógicos e irresponsables. Esta acusación se extiende no solamente a los partidos comunista y socialista, sino a los partidos de centro inclusive. La «responsabilidad» en estos últimos se deja sentir como particularmente perjudicial, ya que es de los partidos bugueses, no-revolucionarios, de quienes la Confederación espera recibir algún apoyo para sus postulados y sus posiciones públicas. Donde esto no es de esperar, la Confederación tiende bien hacia un deplorable pesimismo o hacia «soluciones» medias que hasta aquí no han logrado recibir el apoyo entusiasta de los industriales.

Desde el punto de vista práctico se dice que los problemas de la Confederación son debidos al cambio de naturaleza del sistema político italiano y de la estructura del poder. No solamente se ve localizado el opresivo poder en un partido demócrata cristiano hegemónico, sino que se entiende claramente que el partido favorece lo que hemos descrito como relaciones de *parentela* con ciertos grupos de intereses. Los dirigentes de la Confindustria tienen cuidado en señalar que la hegemonía democristiana puede no ser tan ame-

nazadora si la naturaleza interna del partido no estuviera tan sujeta a cambios. De esta manera, mientras la facción esencialmente centro-conservadora del partido permaneció controlada bajo el caudillaje de Alcide de Gasperi, la Confindustria pudo intervenir calladamente en el proceso político. Fué durante los años de De Gasperi cuando la Confederación pudo continuar y aun extender sus relaciones de *clientela* con la burocracia que se habían establecido después de la Primera Guerra Mundial y que crecieron hasta proporciones enormemente satisfactorias durante la era fascista.

Según los dirigentes confederales, el ambiente cambió con la muerte de De Gasperi y con el ascenso de Amintore Fanfani. Es de las fuerzas cristiano-demócratas que rodean a Fanfani de donde se dice que surgen las nuevas amenazas a los intereses industriales. Ya hemos apuntado que manifestaciones de esta amenaza se vieron, con la elección de Giovanni Gronchi como Presidente de la República, en la ley «*Sganciamento*» que afecta al control por la Confindustria de las industrias estatales y en las balbucientes y fanfarronas actividades del E. N. I., particularmente en los años en que Enrico Mattei dirigía este Organismo público (11). Todos estos temores, por supuesto, se intensificaron cuando A. Fanfani y Pietro Nenni consiguieron efectuar la «apertura a la izquierda». La afrenta y la preocupación de la Confindustria alcanzó un tono agitado en 1962-1963 cuando el Gobierno Fanfani, apoyado por los socialistas, procedió a nacionalizar la industria eléctrica, uno de los elementos más fuertes y más conservadores dentro de la Confederación industrial. El acceso privilegiado al reducto del poder, que alcanzó su momento culminante bajo el fascismo, evidentemente ha descendido a un bajo nivel permanente a los ojos de los dirigentes de la Confindustria (12).

Tal y como ven la estructura del poder los dirigentes de la Confindustria se sienten preocupados incluso sobre la Acción Católica. Sin duda, hay algunos que subrayan el importante papel electoral desarrollado desde 1948 por los Comités cívicos inspirados por la Acción Católica (ACI).

(11) Como ejemplo típico de ataque al ENI por el presidente de la Confindustria, véase *L'Informazione Industriale*, 20 de septiembre de 1956, pág. 1.

Otra crítica del creciente estatismo puede verse *ibíd.*, 1 de noviembre de 1956, página 1.

(12) Las páginas de todas las publicaciones de la Confindustria (como en la prensa conservadora de Italia en general) de la última parte de 1962 y de los primeros meses de 1963 están repletas de ataques violentos a Fanfani y a Nenni con respecto a la nacionalización de la electricidad.

El señor Cicogna, el actual presidente de Confindustria, reitera su preocupación por la incapacidad de la sociedad italiana para apreciar adecuadamente el papel vital de los industriales y la empresa privada.

En este sentido puede verse un editorial interesante: «La guerra della Confindustria», *Il Mondo*, 12 de marzo de 1963, pág. 1.

Otros ponen el acento sobre la influencia en la selección de candidatos democristianos ejercida por las unidades de la ACI en la mayor parte de las provincias. Otros señalan el control por parte de la ACI de las mujeres católicas y el papel, reconocido ya universalmente como decisivo, que las mujeres desempeñan para asegurar las victorias electorales democristianas. Igualmente significativo para algunos es el gran número de diputados democristianos que tienen largos años de entrenamiento y experiencias en las filas de la ACI. Cualquiera que sea el factor particularmente señalado, la opinión general dentro de la Confederación es que la ACI es una fuerza que quien esté en el timón del sistema político debe tener en cuenta.

Sin embargo, muchos de los mismos dirigentes confederales, que reconocen a la ACI como una influencia conservadora en la sociedad italiana y en la política, miran el poder de la ACI como un bien relativo. Por una parte, la Confindustria se alegra de tener tan poderosa organización intentando limitar o impidiendo tales cosas como la empresa controlada por el Estado, las huelgas dirigidas por los Sindicatos católicos, la cooperación entre los demócratas cristianos y socialistas, etc. Por otra parte, muchos dirigentes de la Confindustria son partidarios ideológicamente del estado liberal y deploran lo que observan como la creciente clericalización de la sociedad italiana. De este modo se les encuentra hablando, a menudo sin pruebas, de la intervención masiva de la ACI en las decisiones políticas y administrativas, del aumento del poder católico sobre las asociaciones voluntarias y de los curas y obispos que se apiñan en los pasillos ministeriales, en sus gestiones de intervención en el proceso de la administración pública.

Cuando los dirigentes confederales comparan a la Confindustria con la ACI y con otros grupos católicos organizados, concluyen en que la Confederación está fuera del edificio del poder, que no es realmente uno de los grupos que compiten dentro del partido Demócrata Cristiano; y por esto no puede esperarse que intervenga en el proceso político como hacen algunas de las importantes organizaciones con las que la Confederación compite por la influencia. Este conocimiento, junto con otras observaciones bosquejadas anteriormente, lleva a un autorretrato de relativa debilidad; los dirigentes confederados se apresuran a señalar que la Confindustria opera bajo desventajas importantes y que no es ni aproximadamente tan poderosa en la política italiana como muchos en Italia suponen o pretenden (13).

De aquí que los dirigentes de la Confindustria no hallen el ambiente

(13) Nótese que los dirigentes burócratas (como distintos a los políticos) de la Confindustria cuidan de no llevar la idea de debilidad muy lejos. Evidentemente tienen interés en persuadir a sus dirigentes industriales y a los miembros de la organización de que la existencia de Confindustria supone una gran diferencia.

general muy tranquilizador. Se observa que la sociedad es hostil, desgarrada por los conflictos sociales, se señala el sistema político como ampliamente corrompido por los dirigentes demagogos, oportunistas e irresponsables de los partidos que hacen sus carreras a costa de los industriales; el sufragio universal representa para estos dirigentes el medio con el que las masas absurdas —y particularmente las ignorantes mujeres dirigidas por los sacerdotes— llevan al poder a las fuerzas católicas rivales, grupos masivos con fines que contrastan agudamente con los de la Confederación, aparecen negociando torpemente en relaciones de *parentela* con la Democracia Cristiana; se estima que el país va a la deriva acercándose más y más peligrosamente a los bancos de arena del colectivismo; y pocas personas, dentro o fuera del gobierno, se estima que comprenden verdaderamente el papel, los problemas y las necesidades del hombre de negocios italiano. Todo ello se considera como particularmente irónico ante las dramáticas zancadas económicas que la nación deja ver en los últimos años.

Estos son los supuestos y las observaciones que llevan muy lejos en la explicación del comportamiento político de la Confindustria.

¿Qué podemos decir sobre la Acción Católica?

LA OBSERVACIÓN DE LA REALIDAD: LA ACCIÓN CATÓLICA

Por diversas razones es difícil generalizar el contenido y significación de las observaciones de la realidad expresadas por los dirigentes de la Acción Católica.

En primer lugar, la Acción Católica es oficialmente definida como el brazo apostólico del clero católico y está en grado extremo subordinado completamente a los deseos del Vaticano. Los altos dirigentes de las ramas de la ACI no son nunca elegidos sino escogidos por el clero; es de suponer que en todos los asuntos relativos a doctrina o directrices políticas —como opuestos a la acción y metodología— es el clero, a través de su red de coadjutores eclesiásticos, quien vigila las actividades en todos los niveles y el que establece la dirección de la organización. Por esta razón, es necesario y lógico anotar las observaciones de la realidad tal como oficialmente son formuladas y transmitidas por la misma Jerarquía Católica. Nuestras entrevistas con dirigentes de Acción Católica, tanto eclesiásticos como seculares, nos revelan claramente que la Iglesia Católica espera asegurar que sólo se permite una limitada libertad en la interpretación y valoración de la realidad. Esta simple y básica afinidad entre los dirigentes y miembros de Acción Católica y la jerarquía eclesiástica, la ha expresado sencilla y explícitamente un dirigente del *Movimiento Laureati*,

rama de Acción Católica que recluta intelectuales y graduados universitarios.

«Para sacar la tarjeta de miembro no hemos de mostrar simplemente nuestro interés por las actividades del Movimiento. Nos comprometemos también con la jerarquía eclesiástica; nos colocamos a la disposición de la jerarquía para actuar de acuerdo con sus directrices» (14).

En segundo lugar y a pesar de lo que acabo de decir, está claro que la Acción Católica es una inmensa organización constituida por unidades que son, ideológica y temperamentalmente algo diferentes. Por ejemplo, hay un gran abismo que separa la extremadamente conservadora *Unione Donne* (Unión de Mujeres) o la *Gioventù Femminile del Movimento Laureati* o de la F. U. C. I. (Federación de Universitarios Católicos Italianos). Las dos primeras asociaciones están menos orientadas políticamente que las últimas, más exclusivamente ligadas a la dimensión apostólica de la Acción Católica que a la secular. Las últimas organizaciones están entregadas tímidamente al examen de problemas intelectuales y políticos, mucho más decididos a maximizar la libertad de iniciativa, tanto filosófica como metodológica, que puede manifestarse dentro de los límites más bien estrechos de una organización abiertamente autoritaria.

De aquí que el citado dirigente del *Movimento Laureati* cuide de distinguir a éste de otros grupos de la Acción Católica. El Movimiento —afirma— difiere de otras ramas de la Acción Católica, en el sentido de que está dispuesto abiertamente a enfrentarse con cualquier problema, sin la típica serie de prejuicios de la Acción Católica, que lleva a selecciones sobre bases completamente *a priori*. Rayando en una crítica básica de la manera en que la Acción Católica es dirigida dice: «El mensaje del Evangelio necesita ser traducido a un lenguaje que es distinto según el tiempo y el espacio dentro de la vida total de la Iglesia en que se hace el esfuerzo por comunicar el mensaje. Constituye la mayor responsabilidad del sacerdocio, de la jerarquía eclesiástica, guardar la integridad sustancial del mensaje. Constituye el deber de los miembros seculares de la Iglesia Católica la elaboración de ese mensaje de acuerdo con las exigencias del tiempo en que tiene lugar la elaboración. Constituye la tarea específica del sector culto o intelectual de los seculares dirigir esta elaboración» (15).

Esta demanda en pro de una libertad de acción relativa halla eco en un dirigente nacional de la F. U. C. I., que pide que esta organización sea separada algo del resto de la Acción Católica y que, como el *Movimento Laureati*, sufra una menor intromisión por parte del clero católico. Dice: «La F. U. C. I. tiene un espíritu propio que las otras ramas de Acción Católica, con la excepción importante del *Movimento Laureati*, no comparten. Por

(14) *Interview*, núm. 39, Roma, 4 de febrero de 1958, pág. 5.

(15) *Ibid.*, pág. 13.

ejemplo, la F. U. C. I. da gran importancia a la norma de libre discusión como el método educativo interno más importante. La libre discusión no está permitida en las cuatro ramas de la Acción Católica —U. D. A. C. I. (Unión de Mujeres), U. U. A. C. I. (Unión de Hombres), G. I. A. C. (Juventud Masculina) y G. F. (Juventud Femenina). Las otras ramas de la Acción Católica son organizaciones altamente articuladas, donde se mantiene un sistema de dirección rígidamente jerárquico y autoritario y de relaciones entre miembros» (16).

Sigue diciendo que la F. U. C. I. busca un diálogo abierto con las fuerzas laicas del país, que busca liberalizar tanto la estructura interna como las orientaciones políticas de la Acción Católica, y que persiste en estas dos orientaciones pese a la oposición del resto de la Acción Católica o al hecho desalentador de que se haya hecho poco progreso.

Cito estas respuestas no para sugerir que cada rama de la Acción Católica es libre de entender la realidad como le plazca, sino para prevenir contra las fáciles generalizaciones y subrayar que el catolicismo organizado no es absolutamente monolítico, aun en aquel sector sobre el que el clero puede ejercer y ejerce el más constante y amplio control.

En tercer lugar, es necesario comprender que, por muchos motivos de orden práctico y de actuación, la Acción Católica es esencialmente lo que cada obispo, en el ámbito diocesano, determina que sea. Una de las luchas internas grandemente significativas dentro de la Acción Católica —que no podemos examinar en detalle— se da entre aquellos que centralizarían la autoridad en la Presidencia General (Secretariado) en Roma, y quienes desearían llevar al máximo tanto la división funcional como la autonomía geográfica.

Para estos últimos se tiende siempre a que exista por completo demasiada dirección ideológica y táctica del centro; para los primeros, la larga tradición de autonomía bajo la dirección local de los obispos se deja sentir como caótica y peligrosa. La cuestión a tener presente es que, aun bajo los propósitos altamente centralizadores de Pío XII y Luigi Gedda, que dirigió la Acción Católica tan firmemente como fué posible, muchos obispos podían interpretar, e interpretaban, por sí mismos las más eficaces maneras de llevar a cabo en la diócesis la misión evangélica y política, no oficialmente, de la Acción Católica.

Teniendo estas advertencias presentes, podemos examinar la manera en que

(16) *Interview*, núm. 42, Roma, 24 de febrero de 1958, págs. 1-2. En marcado contraste con esta manifestación está la afirmación de un antiguo dirigente nacional de la *Gioventù Femminile* destacando que la Organización no tiene su propia ideología, que está en dependencia del clero, que se limita al trabajo apostólico y a la instrucción política y a obligar a escoger a sus miembros entre la cocina y el convento. *Interview*, núm. 41, Roma, 31 de enero de 1958, págs. 5-7.

la Acción Católica «define la situación». Al hacerlo deben tenerse presentes ciertos hechos acerca de su ideología. De estos hechos el más decisivo es que el núcleo de la ideología de la Acción Católica no es de ella sino que emana de la Iglesia Católica como institución patrocinadora de la ACI. En tanto que es posible analizar las manifestaciones de los dirigentes de la ACI y detectar en ellos ciertas orientaciones ideológicas, lo más evidente acerca de esos hombres y mujeres es que ven poca necesidad de investigaciones ideológicas: para ellos la totalidad de la verdad está ya encarnada en la Iglesia Católica. Esta convicción lleva a una rígida aceptación de las manifestaciones del clero y a la traducción de esas manifestaciones en un código de actuaciones.

Un segundo hecho concerniente a la ideología de la ACI está implicado en esta última observación, concretamente que la ideología importa muchísimo en el sentido de que la conducta individual y de la organización se espera se adapte a ella. Claro está que como la ACI no está autorizada en teoría —ni probablemente en la práctica— para modernizar o modificar su ideología, ésta toma una importancia absoluta; cualquier desviación seria de ella sería fatal para la continuación como dirigente, miembro o en cuanto tal organización. Aun aquellos dirigentes de la Acción Católica, que son más osados en términos que expresen libertad ideológica, reconocen que ir demasiado lejos traería bien una seria denuncia y la posible expulsión por el clero, o sería necesario que los «radicales» abandonasen la organización. Lo que pende pesadamente sobre el aparato de la organización es la inteligencia de que su existencia tiene como objeto realizar los mandatos del clero, y que éste puede prescindir de ella cuando decida que puede o debe pasar sin la Acción Católica.

Un patrón similar existe para otros grupos de intereses que son simplemente auxiliares de partido; algunas de las organizaciones de frente del Partido Comunista serían ejemplos destacables.

Mi afirmación general aquí es que, donde este tipo de relación prevalece, los dirigentes de las organizaciones se encuentran bajo grandes presiones para asegurar una rígida conformidad de la conducta con determinadas premisas ideológicas formales de la organización.

Tomando sus ideas de la doctrina católica y el clero italiano, los dirigentes de la ACI ven el mundo moderno en un estado desdichado y casi condenado. Inquietud social, guerras, inmoralidad y la amenaza del mal del comunismo son vistas simplemente como síntomas de una más honda enfermedad moral, que es a su vez identificada con el alejamiento del mundo de Cristo, personificado por la Iglesia Católica.

El alejamiento mismo se entiende que deriva primeramente de la herejía protestante que originó el peligroso error de tratar de aceptar a Cristo sin

aceptar su Iglesia. Y estiman que otros «errores», incluido el escepticismo liberal, el individualismo «desenfrenado» y el comunismo en guerra contra todos los valores espirituales, están lógicamente e históricamente conectados con esta desviación inicial. El mayor mal actual en todas partes lo ven en cualquiera de los intentos laicos para restringir las actividades y la influencia de la Iglesia a lo puramente religioso.

Es condenada igualmente la desenfrenada devoción del mundo moderno hacia los bienes materiales y que le sitúa contra los valores espirituales. Ven a la sociedad como un vasta tierra asolada, donde las únicas fuentes de verdaderos valores y de verdad que predominan y se mantienen enhiestas residen en la Iglesia. La simple y plena realidad es que la única oportunidad que queda ahora para transformar el mundo «de salvaje en humano» y «de humano en divino» radica en la conversión del mundo a la Iglesia Católica (17).

Este pesimismo, sin embargo, no es catastrófico. En la ideología de la Acción Católica existe la firme convicción de que el triunfo de la Iglesia sobre esta continua rebelión y alejamiento del mundo moderno se materializará ciertamente *en el tiempo*, si no dentro de nuestro tiempo. A la Acción Católica la definen sus dirigentes como un agente (en realidad, el principal agente en cuanto se refiere a la movilización de los seglares) que labora por esa necesaria y gran transformación.

El tipo de condicionamiento ideológico al cual están sujetos los miembros de Acción Católica se tipifica en las siguientes palabras del Papa Pío XII en 1952, en la convención de la *Unione Uomini* (Unión de Hombres), en Roma:

«Hoy, no sólo Roma, no solamente Italia, sino el mundo entero está amenazado. Oh, no preguntéis quién es el enemigo y cómo se disfraza. Está en todas partes y entre todos; puede ser violento y astuto. En los últimos siglos ha tratado de lograr la desintegración intelectual, moral y social de la unidad del Cuerpo místico de Cristo.

Ha deseado a la naturaleza, pero no a la gracia; a la razón, pero no a la fe; a la libertad, pero no a la autoridad; a veces a la autoridad, pero no a la libertad. El enemigo se ha hecho más y más exigente; sus demandas, más y más sorprendentemente claras. Primero, Cristo, sí; pero Iglesia, no. Después, Dios, sí; pero Cristo, no. Finalmente, el grito blasfemo: Dios ha muerto; luego Dios nunca existió. Entonces se ha intentado levantar la estructura del mundo sobre cimientos que Nos no vacilamos en considerar responsables de la amenaza que pende sobre la Humanidad: *una economía sin Dios, un derecho sin Dios, una política sin Dios*. El enemigo está laborando para hacer

(17) Esta es la esencia de un discurso del Papa Pío XII, al que Luigi Gedda, jefe de la Acción Católica hasta hace poco, señalaba con frecuencia como el manifiesto de su propia línea política para la ACI. Radiomensaje del 10 de febrero de 1952.

de Cristo un extraño en las Universidades, en las Escuelas, en la familia, en la administración de justicia, en la actividad legislatora, en las asambleas de naciones donde se delibera por la paz y la guerra.»

Lo que el Papa Pío XII da a entender, los dirigentes de Acción Católica lo llevan a una supuesta conclusión histórico lógica. De aquí, por ejemplo, que después de delinear el liberalismo del «laissez faire» hasta el socialismo romántico, Luigi Gedda no halle dificultad en afirmar que, «a través de los siglos, el comunismo de hoy es el descendiente de la revolución protestante» (18). Los dirigentes eclesiásticos de Acción Católica, tales como el cardenal Siri, son capaces de la misma manera de razonar. Las arremetidas de hoy contra el catolicismo pueden todas remontarse al error inicial de la Reforma.

De esta manera, no importa lo detalladas que puedan ser las enumeraciones que hace la Acción Católica de los males que acechan a la Humanidad. Lo único lógico que los dirigentes de Acción Católica entienden es que los males presentes son simplemente las manifestaciones ordinarias del pecado de no reconocer a la Iglesia Católica y de rechazar sus enseñanzas.

En relación con esta visión, es necesario también destacar que refleja y refuerza una mentalidad esencialmente «exorcizadora». Con esto quiero decir que los problemas sociales de la sociedad moderna no son nunca examinados en los términos de sus complejos determinantes y sus múltiples dimensiones; todos los problemas corrientes serán resueltos solamente si la Humanidad reconoce sus errores y vuelve a la cordura moral.

El que los ordinarios problemas sociales y económicos no sean fácilmente ordenados y resueltos con las simples enseñanzas morales no logra que los dirigentes de Acción Católica abandonen la convicción de que los problemas existen primariamente a causa de la negativa de la Humanidad a reconocer sus responsabilidades morales.

El pesimismo con que la situación contemporánea es vista se cualifica por dos convicciones adicionales y en rigor importantes. La primera de éstas es que una ruina aún más grande amenaza a la Humanidad; la segunda es que la amenaza puede ser detenida si se emprende una acción adecuada. Ambos sentimientos encuentran expresión en la siguiente cita de *Gioventù*, una publicación de la G. I. A. C. (Juventud Masculina de Acción Católica):

«Sentimos que hemos entrado en el acto final de nuestra trágica civilización contemporánea, el acto en el que —como en las tragedias griegas— la «catarsis», que es el desenlace, va a tener lugar. Sólo dos fuerzas están todavía vivas y activas en la escena del mundo: catolicismo y comunismo» (19).

(18) *Atti della quattro-giorni presidenziale diocesana G. I. A. C.* (Roma, 1953), página 81.

(19) En *Iniziativa*, vol. 4, enero 1951, pág. 2.

No hace falta decir que en este dramático encuentro final la mayor fuerza a la que puede acudir la Iglesia Católica en busca de ayuda es la Acción Católica.

Este convencimiento por parte de los dirigentes de la ACI resuena en estas palabras de Pío XII, dichas en 1940:

«En tan grave hora de la Historia... ponemos nuestra mirada en la Acción Católica y encontramos allí fundamentos para nuestra esperanza. Confiamos en que hallaremos en la Acción Católica, unidos estrechamente alrededor de los obispos y de la Santa Sede, muchos colaboradores fervientes y devotos de la gran empresa: la vuelta de Cristo a las conciencias, a los corazones de la familia, a las costumbres públicas, a las relaciones entre las clases sociales, al orden público, a las relaciones internacionales» (20).

Según ven lo dirigentes de Acción Católica la sociedad italiana —y el mundo—, existe una obstinación en los hombres a no reconocer a la Iglesia Católica como la base y la depositaria última de la verdad y la moralidad. Y en su lugar prevalecen ideologías rivales que alientan la lucha de clases y destruyen la innata fraternidad de la Humanidad, así como organizaciones que apoyan y excitan el anticlericalismo, y por esto representan una amenaza abierta y directa para la seguridad del catolicismo. Es, por tanto, deber de todo católico —y particularmente de aquellos que militan en las filas de Acción Católica— realizar cualquier acción que sea necesaria para modificar esta realidad.

Los miembros y dirigentes de Acción Católica se ven a sí mismos como particularmente llamados a expresar su fe en la Iglesia, afirmar la presencia de la Iglesia en todas las maneras posibles, obrar y dar testimonio en nombre de la Iglesia, realizar la tarea apostólica, responder a los ataques masivos a la Iglesia en cierto modo y predicar, sembrar y cumplir el mensaje de la Iglesia a la sociedad italiana (y al mundo), que es total. Ningún sector de la sociedad ha de quedar sin tocar, y aquí radica el significado de lo que los italianos —a menudo medrosamente— definen como el «integralismo» del catolicismo. Es en el compromiso ideológico de aplicar el mensaje total a la realidad viviente donde encontramos la razón fundamental de la manera en que la Acción Católica ha llegado a ser uno de los mayores grupos de interés de Italia.

LA CONDUCTA COMO RESPUESTA: CONFINDUSTRIA

La observada hostilidad de la sociedad italiana hacia la clase de los industriales lleva a la Confindustria a preferir las actividades políticas poco visibles. En los años posteriores a la II Guerra Mundial, la intervención silenciosa, no

(20) Citado por CARLO FALCONI: *La chiesa e le organizzazioni cattoliche in Italia* (Turín, 1956), pág. 364.

espectacular, en la esfera de la burocracia resultaba de la elección consciente y no simplemente de la superior eficacia demostrada de las relaciones de *clientela*. La conducta de la Confindustria, en cuanto grupo de interés, en los años de la postguerra se halla en marcado contraste con la que prevaleció durante la era fascista. Entonces la Confindustria apoyó abiertamente al régimen; las alabanzas al *Duce* se entonaban en todas las publicaciones confederales; un considerable número de industriales italianos se sentaba en la legislatura nacional y muchos de los más destacados dirigentes de la Confindustria «co-optaban» a importantes posiciones en las Corporaciones fascistas.

Como cambian la percepciones del medio ambiente, así cambia el comportamiento del individuo y de las organizaciones. La ola de reacción anti-industrial que acompañó a la caída del fascismo dejó una impresión indeleble en los dirigentes industriales y particularmente en los burócratas más conservadores que llevan los asuntos cotidianos de la Confindustria. De este modo, en nuestras entrevistas, encontramos que la mayor parte de estos últimos prefieren claramente el tipo de intervención política que no expone a la Confederación demasiado abiertamente a la observación pública.

Una manifestación particular es la aversión de la Confederación hacia las campañas publicitarias. Un dirigente destaca que el procedimiento de las relaciones públicas (*public relations approach*) es apropiado para los EE. UU., «donde los industriales son héroes respetados», pero que es completamente insostenible en la sociedad italiana, donde tales actividades se convertirían ciertamente en una gran desventaja para la clase de los industriales.

El dirigente confederal señala que aquí hay algo más que la mera reacción anti-fascista. Antes del advenimiento del fascismo, el problema de crear y desarrollar la industria italiana tuvo que ser a menudo ocultado necesariamente al público. La clase de manejos financieros necesarios para este desarrollo eran tales que no habrían sido adecuadamente comprendidos por las masas. De aquí que se desarrollara tempranamente una tendencia a ocultar al público los hechos básicos relativos a la industrialización del país. Este primer período fué seguido después por el intermedio fascista, durante el cual los industriales apenas se sentían presionados a comunicarse con el público. Los industriales estaban entonces en el asiento del conductor y no tenían que preocuparse mucho de lo que el público pudiera estar pensando de la comunidad de los negocios (21).

Dados estos antecedentes, se comprende por qué muchos de los dirigentes

(21) *Interview*, núm. 88, Roma, 22 de mayo de 1958, pág. 7. Este entrevistado añade que «mantenerse uno oculto» forma parte del «carácter nacional» italiano. Por esto es completamente natural para los industriales tratar de mantenerse ocultos frente al público. *Ibid.*, pág. 8.

y miembros de la Confindustria no sólo no ven la necesidad de una campaña de relaciones públicas, sino que realmente la temen. Además de este auténtico miedo, hay dirigentes confederales que parecen estar moralmente opuestos al procedimiento estilo Madison Avenue, insistiendo en que la responsabilidad de la Confindustria es educar a las masas más que manejarlas con el uso de símbolos y de *slogans*.

De aquí que un dirigente afirma que «nosotros no deseamos un "acercamiento" superficial— el "acercamiento" de Hollywood— al público en general; en cambio, nos damos cuenta de que nuestra tarea es educar a las masas, formarlas y modelar su pensamiento en lo que se refiere a ciertos problemas que son de gran interés para nosotros».

En consecuencia con esta filosofía la Confindustria publica un periódico —*Gazzetta per i lavoratori*— destinado a su distribución entre los trabajadores que pone de relieve el papel importante de la empresa privada y la necesidad de mantener la armonía entre la dirección y el trabajo. Como una función de relaciones públicas se publican prolijos «libros blancos» cuidadosa e interminablemente documentados relativos a la posición de la Confederación en asuntos de la política que afectan a la industria. El tono documental de este «acercamiento» directo a la educación se ve en un volumen titulado *Creadores de trabajo*, que consiste en fotografías y recapitulaciones, increíblemente aburridas, de los iniciadores del desarrollo industrial italiano. Es muy evidente que el mensaje de la Confindustria se abre paso —si lo logra de alguna manera— primeramente a través de la red de los periódicos pro-industriales que están financiera o ideológicamente identificados con la Confederación.

La insistencia burocrática en la educación está reforzada fuertemente, sin embargo, por la firme convicción de que un ataque abierto y masivo prendería (*backfire*) absolutamente en el público. En este sentido se dice:

«Si descendemos a un nivel demagógico, perderemos seguramente la batalla. No podemos batir a la oposición en su propio juego a ese nivel. Miremos lo que sucedió a *Confintesa*. Como resultado de nuestra experiencia allí, el Partido Demócrata-Cristiano nos ha dicho que nos ocupemos de nuestros negocios de producir bienes y servicios y que permanezcamos al margen de la política. Esto es lo que es probable que suceda otra vez si descendemos al nivel demagógico (22).

Hay algunos dirigentes de la Confindustria, no burócratas, que se oponen resueltamente a este punto de vista, apoyándose en que refleja ahora peligrosos hábitos y métodos de razonamientos desarrollados bajo el fascismo. Uno de ellos señala que entonces la Confederación podría ignorar al público a causa de la seguridad de que «hay alguien en el Gobierno que cuidará de nosotros».

(22) *Interview*, núm. 99, Roma, 30 de junio de 1958, pág. 3.

El hecho de que ese no es ya el caso va mostrándose sólo gradualmente a muchos industriales. Como resultado, continúa prevaleciendo la dudosa noción de que el sector privado sobrevivirá de algún modo, suceda lo que suceda.

Otra razón para poner el acento en la educación más que en la propaganda, en las actividades políticas calladas e indirectas más que en las visibles, radica en la extendida filosofía del paternalismo industrial. Cuando el típico industrial de una empresa familiar no trata al trabajador como un instrumento, tiende a asumir el papel del padre serio (indulgente a veces). Reflejando esta orientación, un antiguo presidente de la Confederación dice:

«Creo que debemos obrar en dos niveles. Primero está la táctica cotidiana de la Confederación. Esto nos compromete primeramente a la negociación de varios tipos de pactos. Esto es lo que yo llamaría la táctica artillera, en la cual lo que tratamos de hacer es bombardear primero.

Luego está un segundo nivel, el nivel de la estrategia de largo alcance. Esta requiere un esfuerzo constante —en todos los sentidos y con todos los medios posibles— para educar al público, para permitir al obrero comprender que tiene una conexión natural con el industrial. *Si algo de eso es paternalismo, qué importa; un padre desea lo mejor posible para su hijo.* Debemos convencer al trabajador de que la industria es quien realmente busca defender el único interés del obrero. Debemos destruir las líneas divisorias de clases y cualesquiera otras barreras a la comunicación. Esta es una tarea difícil, pero a la que estamos dedicando nuestras energías» (23).

Un tercer factor que debemos anotar es que los industriales italianos no consiguen percibir las realidades de la misma manera; les falta un sentido de cohesión clasista y son manifiestamente difíciles de organizar. Las dificultades de organización pueden remontarse a los primeros años de la Confindustria. Los primeros dirigentes confederales, como Gino Olivetti, encontraron gran desgana por parte de los industriales para organizarse a escala nacional, y sólo con grandes dificultades, lo que empezó siendo la Liga Industrial de Turín en los primeros años de este siglo, se convirtió en la Confindustria en 1910 (24). Además, hasta el presente, las dos partes diferenciadas de Italia determinan que la Confindustria sea una organización de mucha más significación al Norte de Roma que en el Sur. La historia de la Confederación muestra que solamente en tiempos de extrema amenaza, tales como los de la ocupación

(23) *Interview*, núm. 122, Roma, septiembre 1959, pág. 10.

(24) Hay diversidad de opiniones acerca del nacimiento de Confindustria. En 1956 A. DE MICHELI señala el año 1907 como el de la fundación. El mismo año un funcionario de la Unión Industrial de Turín da la fecha de 1910. Esta última fecha parece más apropiada. Véase *L'Informazione Industriale*, 12 septiembre 1956, pág. 1, 20 septiembre 1956, pág. 1.

de las factorías, que siguieron a la primera guerra mundial, los industriales han llegado a unirse en asociación de alguna importancia.

Es también patente que los industriales no demuestran una conciencia política común. Un dirigente del Partido Liberal Italiano, íntimamente ligado a la Confindustria, destaca que los industriales «no sienten o no comprenden la necesidad de una acción política común. No existe ni siquiera un reconocimiento de que los industriales en el país tienen ciertos intereses comunes» (25).

El resultado es que los industriales apoyan a los partidos políticos que van desde la socialdemocracia, en la izquierda, hasta el neofascismo, en la derecha. Además, hay una tendencia por parte de los gigantes industriales como Fiat y Montecatini a tener un pie dentro y otro fuera de la Confederación. Fiat, en primer lugar, no está de acuerdo con la política conservadora de Edison y otras industrias del «grupo lombardo». En segundo lugar, los gigantes industriales son a menudo suficientemente fuertes para establecer sus propias redes de influencia recíproca con los partidos políticos, los otros grupos de intereses y las distintas ramas del gobierno.

Los dirigentes confederales, tanto los políticos como los burócratas, no perdonan la independencia de acción ejercida por Fiat, Montecatini y otras grandes industrias. Varios de ellos afirman que esta manera desunida de acercamiento a la política es precisamente lo que aumenta la ineficacia de la Confindustria frente a los otros grupos con los que compete. Un dirigente que apoyó fuertemente al movimiento *Confintesa* lo describe en parte como un intento del personal confederal para que la empresa mediana y pequeña tuviera el rango que las mayores empresas tienen políticamente (26). Esta iniciativa fracasó, por supuesto, como la misma *Confintesa*.

Otro aspecto o dimensión de la baja posibilidad de la principal Confindustria es la evidente aversión de los industriales a buscar los cargos públicos. Por una parte, los dirigentes confederales se lamentan de la considerable representación directa en el Parlamento conseguida por los Sindicatos, la Acción Católica, la *Cultivatori Diretti* y otros grupos. Señalan que los miembros del Parlamento no dudan en levantarse para hablar abiertamente en nombre del trabajo, pero que si uno se levanta para discutir a favor de la industria, es criticado y ridiculizado.

Esta situación la describen, en marcado contraste con el período fascista, cuando muchos funcionarios confederales —algunas veces veinte o más— tenían asiento en la Cámara legislativa nacional.

Por otra parte, al industrial le describen como una persona que detesta la política y que, por tanto, la rehuye por muchas razones. Le describen como

(25) *Interview*, núm. 120. Roma, 12 julio 1958, pág. 4.

(26) *Ibid.*, pág. 3.

desconfiado de la actividad colectiva. («Es un individualista insoportable.») Se dice que teme las represalias políticas en el caso de que un partido anti-industrial llegue al poder; se le supone que piensa que a los candidatos pro-industriales sencillamente no les irá bien bajo un sistema electoral que abarca el triple obstáculo del sufragio universal, la representación proporcional y las mujeres políticamente analfabetas que votan según les aconsejan sus sacerdotes. En resumen, el industrial no es dado a comprometerse en luchas que cree ha de perder, ni está muy armonizado con las exigencias de las desordenadas campañas políticas de Italia. Respecto a este último punto, uno de ellos dice: «Permitidme decir que nos repugna tener que combatir la táctica variable de los comunistas en la plaza pública. Estaríamos dispuestos a la lucha física con ellos si fuese necesario, pero nos desagrada tener que competir con su táctica política. Esto no significa falta de valor por parte de los industriales; es simplemente una aversión a comprometerse en actividades indignas de la política italiana» (27).

O, como aclaraba un nuevo Presidente de la Confederación: «En este período de la postguerra, la lucha política ha estado demasiado envenenada para permitir a los industriales meterse en política... Ellos no tienen estómago para ello. ¿Cómo puede un industrial presentarse ante una muchedumbre de italianos que han sido convencidos por los comunistas de que ellos no son sino explotadores?»

La conducta de la Confindustria desde el final de la guerra hasta 1955 ha estado dominada por la preferencia de «las sombras políticas» más que de los «focos luminosos». Al empezar 1956, con la elevación a la presidencia de Alighiero de Micheli, la situación cambió. La elección de Micheli fué interpretada ampliamente como una victoria del grupo industrial de Milán sobre el grupo de Génova, representado por Angelo Costa, su predecesor. Con anterioridad a esta elección, De Micheli había sido ininterrumpidamente presidente de la importante Asociación Industrial Lombarda (*Assolombardo*). Se le suponía generalmente partidario de reformas en la organización y que removería considerablemente la Confederación.

De Micheli no defraudó esta última esperanza. Acometió un experimento de acción política directa de la Confindustria —*Confintesa*— que no tenía precedente en los años siguientes a la guerra. Estimada —y estimulaba para ello— que los industriales deben salir abiertamente en defensa de sus intereses; reconocía que la confianza en las relaciones de *clientela* con la burocracia y en tratos entre bastidores desarrollados por Angelo Costa, no era ya una respuesta razonable a las realidades de la sociedad italiana. De Micheli señalaba

(27) *Interview*, núm. 22, op. cit., pág. 7.

la evolución que ya hemos anotado como evidente afirmando que los intereses básicos de los industriales estaban en gran peligro. La fórmula de *Confintesa* era más bien simple. La Confindustria y los industriales darían apoyo financiero a los partidos conservadores; pero fundamentalmente al Partido Liberal dirigido por Giovanni Malagodi. Además, grandes sumas serían gastadas en toda clase de propagandas electorales y se haría un mayor esfuerzo para persuadir a los industriales a que se presentasen a los cargos públicos locales, provinciales y, eventualmente, a los nacionales. Estos hombres competirían como candidatos, no simplemente en el Partido Liberal sino también en otros, desde la Democracia Cristiana en izquierda, hasta el neofascista Movimiento Social Italiano (M. S. I.) a la derecha.

Se admite generalmente que el experimento de *Confintesa* terminó desastrosamente en las elecciones de 1956 y 1958. Al Partido Liberal, el punto de apoyo de la Confindustria le fué muy mal; los candidatos de cualquier partido, apoyados por *Confintesa* no fueron, por lo general, elegidos. No obstante, tras el fracaso de 1956 De Micheli intentó levantar la moral de los industriales. En Turín aseguró a sus colegas que *Confintesa* no había muerto sino que estaba muy viva; que «podía funcionar para garantizar la existencia de una clase media dispuesta a defenderse en la certeza de que defendiéndose asegura al pueblo italiano, no sólo la libertad de empresa, sino todas las libertades civiles». Añadía que, «por el bien de la Patria, no debemos traicionar esta esperanza» (28).

Aun después de la deplorable actuación de *Confintesa* en las elecciones generales de 1958, aquellos que apoyaban a De Micheli se negaban a ver lo evidente. En septiembre de 1959 uno de los dirigentes de la Confindustria tuvo que decir esto: «Varios partidos representan en alguna medida nuestros intereses. El Partido Liberal y una buena proporción de la Democracia Cristiana están incluidos en esta categoría. Hace unos pocos años un candidato democristiano se habría asustado de salir en favor de la libre empresa. Este no es ya el caso, y nosotros estamos reconocidos por ello. Por otra parte, la situación ha mejorado en otros sectores también. Mirad los socialistas y los comunistas que ya no hablan de nacionalización y socialización... Incluso Fanfani —ese fanático toscano— tendrá que someterse a esta circunstancia particular.»

Dos años más tarde, «ese fanático toscano» había traído la «apertura a la izquierda» con el Partido Socialista y había hecho aprobar en el Parlamento una ley de nacionalización de la industria eléctrica, pese a las protestas orales de aquellos de varios partidos que hablaban en defensa de los intereses de la indus-

(28) *L'Informazione Industriale*, 20 septiembre 1956, pág. 1.

tria privada. Menos de dos años más tarde, De Micheli fué sustituido por Furio Cicogna como Presidente de la Confindustria. La elección de este hombre, con sus casi ochenta años, debe ser entendida como un repudio al desordenado dinamismo que De Micheli trajo a la presidencia. Cicogna es un viejo dirigente de la Confindustria, que fué elegido desde ella para la Corporación fascista en 1939. Aunque él también viene de *Assolombardo* hay pocos indicios de que comparta los puntos de vista de De Micheli sobre la intervención política directa. Será probablemente un retornar a la sombra, una evolución que agradará en gran manera a los burócratas dirigentes de la Confindustria. Porque la verdad es que los burócratas de la Confederación —como opuestos a los dirigentes políticos— se sintieron muy contrariados por la política de De Micheli. Y han llegado a tener un respeto y un interés fundado en las relaciones de *clientela*; están convencidos de que al fin y al cabo es el acceso básico hacia la burocracia del Estado lo que producirá un mayor beneficio a los industriales. Algunos de ellos aplauden en privado el fracaso de *Confintesa*. Otros hacen notar que hasta que los tiempos sean más propicios a la Confindustria le valdría más concentrarse en la burocracia —y en la *clientela*—, donde las molestias del ala izquierda de la Democracia Cristiana puedan ser minimizadas.

Es difícil pronosticar qué modelo seguirá la intervención de la Confindustria en el futuro. Los «radicales» son aún muy activos y se dejan oír, y aunque están de acuerdo con los «conservadores» en la definición general de la situación, al parecer no están dispuestos a seguir contando con la *clientela* para la protección de sus intereses. Con todo, las alternativas a esta situación no son tranquilizadoras. Por una parte, hay perspectivas de un apoyo más abierto al Partido Liberal y a otros partidos que por el momento no cuentan mucho en la máquina del poder. Por otra parte, un Partido Demócrata Cristiano dominado por su ala izquierda no es un sitio muy atractivo para la mayor parte de los industriales de Italia. Sin embargo, sus circunstancias y sus observaciones son tales que la Confederación sentirá una presión creciente para hallar nuevos canales de acción política. Las decisiones que, en este sentido, sean tomadas en el futuro es seguro que provocarán más de un impacto accidental en la estabilidad de la democracia italiana.

LA CONDUCTA COMO RESPUESTA: ACCIÓN CATÓLICA

Dadas las observaciones y la ideología de los dirigentes de la Acción Católica y su imagen de ésta, no es sorprendente que busquen desplegar una forma de actividad operativa que no deje ningún sector de la sociedad sin tocar. Si la sociedad está atravesada por el mal, el mal mismo debe ser extir-

pado dondequiera que se encuentre; si la Iglesia Católica está rodeada de enemigos, deben buscarse por todos lados y combatirse dondequiera que acechen; si el mensaje de la Iglesia es total —destinado a todas las facetas de la existencia humana—, no hay sector de la organización social ni conducta que permanezca ignorante de él.

Una deducción evidente de esta formulación es que la Acción Católica debe ser un movimiento de masas. Lo que empezó a mediados del siglo XIX como un puñado escaso de ardientes jóvenes católicos, es ahora una de las organizaciones más vastas de Italia (29). Un dirigente nacional afirma con orgullo que los tres millones y medio de miembros de la ACI significan ya más del 6 por 100 de la población italiana. En algunas de las regiones del norte de Italia, la proporción es más alta. Aunque los miembros menguan en las izquierdistas regiones centrales de Toscana, Emilia, Romaña y Umbría, es cierto que la Acción Católica es un factor con el que hay que contar en todas las 311 diócesis del país y en la mayor parte de las 20 000 parroquias que comprende. Aun después de descontar la natural exageración en la cifra de miembros, es cierto que la ACI figura como uno de los tres importantes grupos de intereses en el país.

Por otra parte, como uno de los dirigentes de la ACI señala, los que están en la Organización son *verdaderos* miembros que cotizan. Además, entienden que la condición de miembro trae consigo la responsabilidad de realizar los cometidos cuando son señalados (30). Los criterios de selección y de pertenencia son tales, que aquellos que permanecen o persisten en su adhesión, se convierten en los seguidores devotos y militantes, que son los que forman en gran medida las unidades de adultos.

La filosofía de la Acción Católica suele argumentar en favor de la organización por sectores. De aquí que las cuatro grandes ramas de la Organización recluten muchachos, chicas, hombres y mujeres. Además, hay tres ramas mayores que comprenden estudiantes universitarios, graduados e intelectuales y profesores. Sin embargo, hay gran desacuerdo acerca de si debiera haber otras divisiones funcionales o subdivisiones en la Organización. Por ejemplo, en nuestras conversaciones con los dirigentes de la G. I. A. C. se puso de mani-

(29) En 1954, la Acción Católica daba las siguientes cifras no «infladas» de miembros: 285.455 hombres en 12.224 unidades; 556.752 chicos en 15.706 unidades; 597.394 mujeres en 16.389 unidades, y 1.215.977 chicas en 19.026 unidades.

Véase en *Anuario della Azione Cattolica Italiana*, Ciudad del Vaticano, 1954.

(30) *Interview*, núm. 11, Roma, 12 diciembre 1957, pág. 4. Este entrevistado afirma que hasta 1946 la Acción Católica no recibía ningún dinero del Vaticano. Puede suponerse que hasta esa fecha las actividades eran financiadas por los miembros y gracias a otros recursos económicos. *Ibid.*, pág. 6.

fiesto la tensión considerable entre quienes dirigen las divisiones por grupos de edades y los que tienen a cargo las unidades formadas por obreros industriales y habitantes de medios rurales. En los momentos de este estudio, al menos existe la fuerte impresión de que ni el presidente Luigi Gedda ni la jerarquía eclesiástica bajo Pío XII aprobaban las divisiones funcionales que partían del supuesto de las clases sociales. La línea del «interclasismo» es fuerte, y Gedda no desea claramente que la ACI emule el modelo típico de la Acción Católica Francesa de organizaciones con conciencia de clase.

En un sentido, este tipo de división funcional no es necesaria. Como anotamos antes, existen ahora en Italia grupos de intereses que cubren todas las mayores categorías sociales, profesionales y económicas. Muchos de estos grupos mantienen estrecha relación con las ramas de la Acción Católica y están en alguna medida influenciados y guiados por ella. No obstante hay dirigentes de la Acción Católica que sienten que otros grupos católicos carecen de la pureza doctrinal y el fuerte sentido de devoción que caracteriza a la ACI. Por esto esperamos que continúe existiendo alguna presión en favor de una mayor articulación funcional.

Otra deducción posible de los presupuestos de la Acción Católica es que el trabajo de la Organización debiera ser dirigido e integrado bajo una administración nacional fuertemente centralizada. Bajo la presidencia de Luigi Gedda se hizo un gran esfuerzo para aumentar los poderes de la Presidencia General en Roma a expensas de las unidades territoriales y funcionales. Uno de los más allegados colaboradores de Gedda admite que la presión en favor de la centralización —la fuerte acentuación en la estructura de la Organización— fué fuente de grandes tensiones internas y controversias. En apoyo de la idea de una mayor centralización, este individuo habla de «unidades compactas» y «operaciones armonizadas». De hecho, quería decir que deberían tomarse en Roma más decisiones tácticas y una política más exacta y no dejar a los obispos en las diócesis o a las siete divisiones mayores (31).

Lo que este entrevistado describe como las tendencias atomísticas en la ACI se dice que pueden remontarse al periodo fascista. A lo largo de aquella época, para poder ofrecer una resistencia más efectiva frente a los intentos del Gobierno fascista para intervenir en las actividades de la Acción Católica, el Vaticano decretó una mayor descentralización de la Organización. Esta táctica es de suponer que había hecho difícil a los fascistas hacer zozobrar a la ACI presionando simplemente en algún Organismo altamente centralizado. Esta decisión de producir una atomización en la Organización, es probable que sea seguida por los partidos comunistas cuando están bajo un ataque directo e inmediato.

(31) *Ibid.*, pág. 10.

Tras la segunda guerra mundial, Luigi Gedda intentó invertir la tendencia. Tropezó con la oposición, no sólo por parte de los seglares de la Acción Católica, sino también por parte de muchos obispos que se habían convertido en figuras claves en el ámbito diocesano durante dos décadas de fascismo. En este último sentido, la controversia acerca de la organización fué alcanzada por la cuestión aún más fundamental de cuanta autonomía de hecho ha de permitirse a los poderosos obispos en cuyos cimientos en verdad descansa la estructura orgánica del catolicismo mundial. Como varios dirigentes de la ACI se apresuran a afirmar, los obispos de Italia retienen gran poder y no pueden fácilmente ser dirigidos por la ACI y la Presidencia General de Roma. Por eso, como por razones de fuerte oposición interna, la presión de Gedda en favor de la centralización nunca logra el grado de efectividad a que aspira él y sus devotos asociados y colaboradores.

Puede compararse esta situación a la controversia dentro de la Confindustria acerca de la manera y la forma de la participación política. Igual que los burócratas de la Confindustria pueden sutilmente oponerse a la abierta participación política, los dirigentes de las unidades de la Acción Católica pueden resistir a la centralización; igual que Fiat y Montecatini pueden intervenir políticamente por derecho propio y fuera de la confederación, los obispos pueden guiar las unidades de la Acción Católica en sus diócesis como ellos desean y ordenan. Las observaciones de la realidad en el ámbito nacional pueden reclamar una particular respuesta en orden a la organización y a la conducta. Sin embargo, las observaciones locales o, en cualquier caso, el mecanismo intermedio de la Organización, puede hacer tal respuesta imposible. Este es uno de los ásperos dilemas con que se enfrenta Luigi Gedda.

Otra fuente de tensión interior en la Acción Católica es si debe de haber intervención en la política y en qué medida. Otra manera de pensar este problema es preguntar si la misión de la ACI es esencialmente apostólica o si la Organización ha de ser el gran brazo secular de la Iglesia Católica. Los dirigentes de la Acción Católica que participan en la observación de la realidad, están divididos ante este problema. Cuando pregunté a uno de los coadyutores eclesiásticos nacionales cómo definía él la misión de la ACI, respondió rápidamente que «los fines de la Acción Católica se identifican con los fines de la Iglesia organizada... Hay en la Jerarquía una cierta sensación de que no ha logrado crear una relación cotidiana con su rebaño. La Acción Católica se explica como uno de los medios de desarrollar la moderna cristiandad en términos de adaptar los fines de la Iglesia a las condiciones reales en que los católicos se encuentran en la sociedad italiana (como en otras)» (32). Muchos

(32) *Interview*, núm. 24, Roma, 12 febrero 1958, págs. 1-2.

otros dirigentes seculares destacan también el fin apostólico o evangélico de la ACI. Eluden astutamente la interpretación política o secular, principalmente, de que la ACI es un instrumento importante para ganar y mantener un cierto grado de poder político. Aun cuando se admite que cada unidad de la Acción Católica gasta algún tiempo en el entrenamiento cívico de sus miembros (esto es, en su preparación para la participación responsable en la vida política del país), se dice que esta enseñanza se da en tanto que a la Organización se la encamina en esa dirección.

Luigi Gedda responde en el mismo sentido, entendiendo que la Acción Católica representa el trabajo apostólico laico, adaptado a las condiciones modernas. Destaca que el objetivo de la ACI es aprender a comunicar el mensaje y las enseñanzas de la Iglesia a categorías específicas de la sociedad italiana. Gedda añade como otro dirigente, que la Acción Católica no se mete directamente en política, que lo prohíben los mismos Estatutos de la ACI, así como el Concordato de 1929, incorporado a la Constitución de la República italiana. «Esto significa —dice— que la actividad política de la Acción Católica es indirecta. No obstante, aun si la Acción Católica no ordena directamente a sus miembros votar por la Democracia Cristiana, los miembros están condicionados a hacerlo. Es una forma de reflejo condicionado, como en el caso del perro de Pavlov» (33).

El punto de vista de que la Acción Católica no está directamente implicada en el proceso político no lo comparte casi nadie fuera de la Organización. Un antiguo dirigente de la Acción Católica afirma que la ACI, como todos los grupos católicos, apunta al «integralismo», lo cual implica un total —totalitario— control de la sociedad. La Acción Católica representa una nueva forma de la intervención de la Iglesia en la vida política del país, tras la pérdida del poder temporal que ejercía con anterioridad a la unificación italiana. Otro coadjutor eclesiástico señala el origen esencialmente político de la Acción Católica cuando hace notar que: «La Acción Católica vino a existir con un preciso objetivo o propósito de defender la libertad y los derechos de la Iglesia contra las incursiones del liberalismo del siglo XVIII. La Iglesia sintió de manera creciente la necesidad de defenderse contra los ataques del liberalismo desenfrenado en boga» (34).

Es inútil proseguir ampliando la cuestión de si la Acción Católica está o no metida directamente en política, ya que en la mayor parte de los casos es evidente. En cuanto al tema crítico de las relaciones de la ACI con los Comités Cívicos, directamente políticos, es bien sabido que eran creación de Luigi Gedda. Además, un dirigente nacional de esta Organización admite

(33) *Interview*, núm. 113, Roma, 18 julio 1958, pág. 2.

(34) *Interview*, núm. 60, Roma, 14 enero 1958, pág. 3.

francamente que los orígenes de los Comités están ligados a la ACI, y añade que el Comité Cívico Nacional no tenía constitución formal para evitar cualquier dificultad concerniente a la prohibición del Concordato contra la intromisión de la Acción Católica en la política (35).

La cuestión más a propósito entonces es cómo la Acción Católica se mete en la política. Hasta ahora las formas más empleadas han sido la representación directa en el Parlamento y el trato en relaciones de *parentela* con la Democracia cristiana. Sin embargo, como ya apuntamos, la *parentela* puede ser una base de efímero poder, no simplemente porque el hegemónico partido puede perder el control político sino también porque una facción antagonista puede apoderarse del partido. Fanfani representa este último tipo de amenaza para la Acción Católica. Si tomamos en cuenta las manifestaciones de *Il Quotidiano*, el portavoz semi-oficial de la ACI, Amintore Fanfani no difiere de los socialistas y de otras fuerzas de las tinieblas sueltas en la sociedad. En verdad, muchos dirigentes de la Acción Católica comentan sinceramente que, a su parecer, muchos de los dirigentes de la Democracia Cristiana son moralmente tan reprobables como los políticos «laicos» del país. La misión del «integralismo» debe realizarse dentro de la Democracia Cristiana inclusive.

La mayor parte de los «realistas» de la ACI reconocen que no hay alternativa para seguir capitalizando en relaciones de *parentela* con la Democracia cristiana. No importa lo fuerte que Fanfani pueda ser o continúe siendo, la máquina del partido no puede seguir con su propio poder y debe continuar descansando en los Comités cívicos, los militantes de la Acción Católica en las parroquias y diócesis y los obispos. Fuera o no Juan XXIII diferente de Pío XII, hay un límite irrebachable en la posible presión sobre la Acción Católica para que se retire de la escena política. En tanto que la Democracia Cristiana continúe siendo la extraña amalgama de grupos que es, un grupo como la ACI, que se basa en una rotunda e inequívoca confesionalidad, es seguro que tiene que dejar sentir su peso en un partido católico.

Sin embargo, hay ahora también fuertes presiones apuntando hacia la *clientela*, a establecer la clase de relaciones con la burocracia que trascienda a los confines de actuación de un solo partido o, en verdad, obligue a este mismo partido a llegar a un arreglo con la misma burocracia. De aquí que los dirigentes de la Acción Católica deseen francamente colocar a «su gente» en Comités que concedan cátedras universitarias, en Comités que aconsejen, en Ministerios, en Consejos que gobiernen las empresas controladas por el Estado y distribuirse por la misma burocracia. Como señala un representante de la ACI que ensalza la *clientela*: «los contactos con los Ministerios se comprueba que son particularmente fructíferos donde los funcionarios del Depar-

(35) *Interview*, núm. 20, Roma, 13 diciembre 1957, pág. 1.

mento vienen de una de las ramas de la Acción Católica» (36). Para los hombres y mujeres que comparten una imagen de sí mismos como comprometida en una noble misión con tonos religiosos, el argumento es tan persuasivo que ningún camino de eficacia posible puede quedar inexplorado en la realización de tal misión.

Tal vez sea, como alega un antiguo dirigente de la ACI, que la conducta de la Organización produce en sus miembros y en otros una completa obstrucción del efectivo raciocinio y la mutua influencia (*blocco e chiusura reciproca*), y que este fenómeno tiene una influencia nefasta en la sociedad italiana (37). Sin embargo, es verdad también que este tipo de «blocco» es una de las condiciones básicas de Italia en las que todos los grupos se ven obligados a operar. En estas circunstancias se justifica mucho el cumplimiento por parte de la Acción Católica de la inexorable voluntad de poder de la Iglesia Católica. Es justo decir que el hecho de que el Estado secular permita a la Iglesia un menor control que antes, no disminuye en nada el esfuerzo del catolicismo por maximizar el poder político. La Acción Católica es claramente un instrumento importante para alcanzar ese objetivo —no a ciegas, sino sobre las bases de una justa apreciación realista de los límites al obrar— y a la obtención de poder, impuestos por cualquier circunstancia dada. La Iglesia puede ser y es a menudo derrotada pero no renuncia nunca a su demanda de poder. Ese es el *élan* que anima a la Acción Católica. Es también una de las razones críticas por las que el fenómeno de los grupos de intereses en Italia no ha contribuido aún, como podría hacerlo, al mantenimiento de la estabilidad democrática.

JOSEPH LA PALOMBARA

R É S U M É

La point de départ de cet auteur est l'hypothèse bien connue en sciences sociales suivant laquelle "ce que l'individu fait est nécessairement —et dans une certaine mesure— une fonction de sa manière de percevoir et de jauger le milieu dans lequel il vit".

L'auteur analyse ensuite comment les hommes d'affaires de Confindustria voient la réalité politique et sociale qui les entoure. Comment l'hostilité des italiens vis-à-vis des industriels en conditionne l'attitude politique. Nous pourrions analyser de la même façon —avec une mentalité positiviste— les postulats

(36) Interview, núm. 25, Roma, 13 febrero 1958, pág. 9

(37) Interview, núm. 41, Roma, 31 enero 1958, pág. 8

d'Action Catholique et comment l'Action Catholique italienne évalue l'atmosphère politique et sociale italienne.

Dans les deux dernières parties de son travail, le professeur La Palombara, nous décrit comment la conduite et de Confindustria et de l'Action Catholique Italienne reflètent leur optique de la réalité politique italienne.

S U M M A R Y

The author begins—in the introduction—with the well-known social science theory that "whatever the individual does is necessarily—and in a certain way—a function of the way in which he perceives and values the medium in which his conduct is carried out".

He goes on to analyze how the group of "Confindustria" businessmen see the political and social reality with which they are surrounded. How the hostility towards industrialists existent in Italy conditions the political attitude of same. At the same time—with positivist mentality, we could say—he analyzes the theories of the Catholic Action and the valuations that the Italian Catholic Action makes out of the Italian political and social atmosphere.

In the last two parts of this study, professor La Palombara describes how the way in which the two Organizations see Italian political reality is reflected in both the behaviour of "Confindustria" and that of the Italian Catholic Action.

